

EL FRACASO DE LA EXPEDICIÓN DE RUY LÓPEZ DE VILLALOBOS Y LA CONTROVERSIA CON LOS PORTUGUESES EN MALUCO (1542-1546)

JESÚS MORENO GÓMEZ y EDUARDO ANGUITA GALÁN
Universidad de Málaga

INTRODUCCIÓN

Acerca de la expedición del malagueño Ruy López de Villalobos a las Islas de Poniente son conocidos diferentes trabajos siendo, acaso, el de mayor relieve la obra de Consuelo Varela: "El viaje de D. Ruy López de Villalobos a las Islas de Poniente (1542-1548)" ¹.

En la presente ponencia pretendemos profundizar a través de las tres *relaciones* ² en la peripecia de su protagonista, su correspondencia con los portugueses, sus tratos con los reyezuelos de Gilolo y Tidore las actuaciones del Emperador Carlos al conocer que un súbdito suyo ha violentado lo convenido con el Rey de Portugal y el conflicto *intra-expedición* de Villalobos con sus capitanes, ante el evidente fracaso.

La historia de esta expedición no es una más. El cúmulo de circunstancias que en ella se concitan, la abismal diferencia entre los fines y los logros, y la tensión que provoca al máximo nivel, entre los dos estados ibéricos la dotan de una especificidad de difícil parangón con las demás que la antecedieron o la posterior de Legazpi y Urdaneta, por las mismas aguas del Pacífico.

Cuando Magallanes encuentra el punto de tránsito del Atlántico al Pacífico (1520), hace ya ocho años que los portugueses han arribado a Maluco, y allí llegan para tomar especias, porque ese es el objetivo de la expedición, Gómez de Espinosa y Elcano —muerto el portugués— responsables de los barcos y de los hombres que quedaban. En Tidore Gonzalo Gómez logra un pacto de amistad, tributo y comercio con su régulo por él funda una factoría donde se depositaron las mercancías, aparejos y parte de la artillería, para que sirviera, a su vez, de base permanente a otros españoles que llegasen a las Molucas.

Mientras Elcano parte hacia España por el oeste, esquivando la presencia portuguesa en el Índico y costa atlántica de África, Espinosa pretende, por el Este, alcanzar la costa de Panamá. Las corrientes y tormentas se ;o impiden. Es el pri-

mer intento fallido de encontrar la ruta de retorno. Por su parte Elcano, en septiembre de 1522, rinde viaje en Sanlúcar de Barrameda. El periplo, que ha durado tres años, está cargado de consecuencias para la historia de la navegación, para España como país descubridor y para las relaciones hispano-portuguesas, en orden a la posesión de la Especería.

Se halla el ansiado paso interoceánico, buscado con reiterada insistencia durante más de dos décadas se atraviesa el Pacífico por primera vez se descubren varios archipiélagos y entre ellos, el que más tarde se denominaría por Villalobos, Islas Filipinas al fin, los españoles llegan a Maluco por occidente -treinta años nos separan desde el primer intento de Colón- queda demostrada empíricamente la esfericidad de la tierra por primera vez también, los españoles arriban a la península con especias adquiridas por ellos mismos en Maluco por último, el conflicto entre España y Portugal por la posesión de tan estimables tierras queda planteado, al alertarse los portugueses acerca de la pretensión castellana de tener para sí el archipiélago malayo. Aunque habían llegado los primeros, no estaban seguros de que ello constituyese título suficiente para su posesión y explotación.

Por parte castellana, la creación de una Casa de la Especería en La Coruña (1522-24), independiente de la de Contratación, pone de manifiesto el extraordinario interés de las autoridades en el asunto, y las enormes posibilidades de negocio que se abren en razón de ser la capital gallega punto idóneo para la distribución de especias a las ciudades de Flandes y norte de Alemania. En esta misma línea, la vertiginosa preparación de expediciones se suceden: Loaysa, Sebastián de Cavoto y García de Moguer obtienen, por separado, sendas capitulaciones el mismo año 1525 para viajar a Maluco. Tal es el desmedido afán por poseer estas tierras. Sólo la expedición del primero -sin él ni Elcano, muertos a poco del estrecho de Magallanes- llegará a la Especería, donde obviamente entran en litigio con los lusitanos.

Entre tanto, Hernán Cortés, desde Nueva España, obtiene permiso del Emperador para enviar una expedición en apoyo de la de Loaysa. Alvaro de Saavedra es su capitán. Y en efecto, en 1528 llegan a Tidore donde encuentran lo que resta de la armada de Loaysa. Intenta Saavedra por dos veces, tornar a Nueva España a dar noticias y pedir auxilio, pero no lo consigue. Igual que ocurriera con Gómez Espinosa, las corrientes le son adversas y fracasa en el empeño. Es ya la tercera ocasión en la que la pretensión de retorno se frustra.

Por parte lusa, el hallazgo de Maluco por poniente a cuenta de los españoles y sus reiteradas presencias en las islas dispara las alarmas. A ello obedecen las Conferencias de Badajoz (1524) y Elvás sin que se llegue a ningún acuerdo. Las dificultades técnicas de precisar el antimeridiano lo impiden. Al fin, la única manera de zanjar el contencioso es mediante una negociación política. Es el

Tratado de Zaragoza (1529), entre el Emperador y el rey portugués. Por él se pone fin al conflicto.

Jurídicamente queda claro, que de lo que se trata es de una hipoteca -lo que presupone el reconocimiento de la posesión y pertenencia de la Especería a la Corona de Castilla- y no de una venta del territorio. No obstante, jamás España deseó recuperar el pleno dominio sobre las islas mediante la devolución de los 350.000 ducados en que se fijó la fianza. La propuesta de las Cortes castellanas para adelantar el dinero que permitiera la retrocesión de dominio sobre las Molucas fue desestimada por Carlos. Hasta ese punto absorbían al Emperador los problemas en Europa.

A título de resumen cuando Villalobos inicia su empresa en 1542, así están las cosas:

- Las tres expediciones españolas que habían atravesado el Pacífico -Magallanes, Loaysa y Saavedra- tenían por destino Maluco. Cuando se llevan a cabo entre 1520 y 1528 los portugueses no tenían ningún título jurídico que avalase su posesión y derecho de explotación, reconocido por los españoles.

- Las tres tienen el pleno apoyo y toda la complacencia de la Corona. Resistirse a abandonar aquel archipiélago, frente a los lusitanos, constituye un mérito y gran servicio a S.M., por ser conforme con la voluntad del monarca.

- Existe la conciencia plena desde el principio -Magallanes cuando expone su plan está firmemente persuadido, por indicación de Francisco Serrao, primer portugués que pisa las Molucas- que la Especería corresponde a la soberanía española, al hallarse dentro del hemisferio delimitado por la Línea de Demarcación.

- El Tratado de Zaragoza introduce un giro radical en los acontecimientos posteriores. En lo sucesivo -porque lo establece un tratado internacional- hay que abdicar de la profunda convicción de que Maluco pertenece a España. Lo que era lícito y entusiásticamente aplaudido por la Corona se torna prohibido y castigado. Lo que había sido principal objetivo de todas las expediciones anteriores, desde Colón, y tradición durante cuatro décadas, se muta en taxativo veto. Este cambio de escenario jurídico era demasiado súbito y violento como para ser entendido por los hombres de Villalobos.

Y en este contexto y con esta mentalidad tiene lugar la expedición del malagueño.

Es la primera en la que se sabe que no se hallará ningún continente. Es la primera, también, que se realiza por el Pacífico en la que, frente a las lisonjas de quince años atrás, arribar a las Molucas constituye traición y deslealtad a S.M. Es la última que se acomete sin ser capaz de hallar la ruta de retorno.

Las empresas de Magallanes, Loaysa y Saavedra no conocen el regreso, pero se les autoriza Maluco. A la de Legazpi y Urdaneta se le prohíbe Maluco pero asegura el regreso. La expedición de Villalobos es la única, frente a todas las

demás, en la que converge esta doble negación: no debe acercarse a la Especería, ni le es posible averiguar la vía para volver a Nueva España. He aquí las claves de su originalidad.

Cuando, como en las anteriores, el hambre, la enfermedad y la muerte atenacen a los expedicionarios cuando, como en las precedentes, la solicitud de auxilio se muestre imposible, hácese perentorio marchar a Maluco. Pero, a diferencia de ellas, Maluco —antaoño punto olvidado de destino para quienes partían a poniente por el Pacífico— ahora está prohibido. En esta coyuntura se sustancia el drama de Villalobos.

La notoriedad de esta empresa no radica en las tierras descubiertas o conquistadas no se fundamenta en los tesoros o especias encontrados no se basa en la fundación de ciudades o imperios sometidos. Su singularidad consiste en haber dado lugar a un conflicto de Estado entre los dos países ibéricos en desoír los requerimientos de los reyezuelos de Tidore y Gilolo, súbditos de S.M., que desean que los españoles los defiendan de la rapacidad lusa a cambio de cobijo en la defección de los capitanes que se suman a las tesis de los régulos y en el honor, a toda prueba, de Villalobos que le impide permanecer allí contra la voluntad de su Rey. La expedición es noticia histórica por ser un fracaso asumido desde la lealtad.

LA EXPEDICIÓN DE VILLALOBOS

Zanjado formalmente, que no siempre de hecho, el asunto de las Molucas entre los dos países peninsulares, corresponde a nuevas empresas españolas descubrir y explorar, y en la medida de lo posible con voluntad de asentamiento, las Islas del Océano Pacífico.

Triple es el objetivo del viaje: descubrir y poblar las Islas de Poniente el siempre común de evangelización, "ensanchar y ampliar la Santa Fe Cathólica, este es el principal intento de vuestra jornada" y hallar el camino de retorno, sin cuya averiguación no podía asegurarse la posesión y control de aquellas tierras.

Y esta prohibición, la primera vez que figura en una capitulación: "... Y porque entre Nos y el Serenísimo Rey de Portugal, nuestro muy caro e muy amado hermano hay ciertos asientos y capitulaciones acerca de la demarcación y repartimiento de las Indias, e también sobre las Islas de las Molucas y Especería, vos mando que lo guardéis como en ella se contiene y que no toquéis en cosa que pertenezca al Serenísimo Rey" ³

La expedición la integran cinco naves, en torno a cuatrocientos soldados y marineros, más otros tantos negros e indios para tareas menestrales, y ocho clérigos entre los que destaca el prior de los agustinos, Fray Gerónimo de

Santisteban, amigo personal de Villalobos y autor de una relación en la que pretende disminuir la responsabilidad del general en el fracaso.

Parten el día de Todos los Santos —1° de noviembre— de 1542, del Puerto de Navidad. Tras avistar varios archipiélagos, en febrero del 43 arriban a Mindanao. Tres meses cumplen desde que salieron de Nueva España. Tierra inhóspita en lo que habían explorado, a los dos meses deciden dirigirse a otra isla, hacia el S. Es Sarrangán. Tampoco resulta pródiga en bastimentos. Sin embargo, la mentalidad aventurera y de conquista prevalece sobre la consecución reglada de víveres. Viendo la escasez que de ellos tenían, ordena Villalobos en esta isla —Sarrangán— que siembren maíz, con el fin de proveerse de una fuente segura de nutrición. Lo intentaron dos veces y no creció. A los expedicionarios no les agrada esta forma de obtener provisiones, y protestan ante el General, "que no venían a sembrar, sino a conquistar", y era preferible "tomar los mantenimientos que allí se hallaran", y cuando se acabasen, buscar otros en otra parte "porque querían más morir en la guerra peleando, que en aquella isla de hambre".

En estas circunstancias Villalobos decide enviar a Nueva España —agosto de 1543— a Bernardo de la Torre, a bordo del navío *San Juan*, para que diera noticias de lo hasta ahora descubierto y pedir refuerzos. Navega en dirección N. hasta los 30° de latitud. Cuando había recorrido setecientas cincuenta leguas, una intensa borrasca le obliga a regresar. Es la cuarta vez —primera de esta expedición— que la pretensión de retorno resulta fallida.

Entre tanto, los que permanecen en Sarrangán se proyectan en un doble itinerario volver a otra zona de Mindanao y a otra isla más al norte aún, Abuyo. Todo resulta en balde. Penalidades mil, en una y otra exploración y los ansiados bastimentos no se encuentran. Diezmada la expedición, famélicos y enfermos la mayoría, Villalobos pone rumbo al sur, y el S. es Maluco, la otrora tierra de promisión, ahora prohibida. Es el primer trimestre de 1544.

CONTROVERSIA CON LOS PORTUGUESES Y RELACIONES CON LOS RÉGULOS DE GILOLO Y TIDORE. ETAPA DE JORGE CASTRO

Sólo tres días después de haber partido De la Torre hacia Nueva España tiene lugar el primer encuentro con los portugueses. Desde ahora y hasta el final del viaje, la correspondencia con éstos será una constante, y una referencia obligada en toda la aventura de nuestra flota.

Llegan de Maluco tres paraos con portugueses al mando de un hidalgo que traía una carta y requerimiento del Capitán de este archipiélago, Jorge Castro, en los que instaba a los castellanos a abandonar la isla por ser del rey de Portugal. Los nuestros les responden que la tierra en la que están —Sarrangán— es de S.M. y "excepto en estas islas del clavo (Molucas) en las que tenían expre-

samente prohibido entrar, todas las demás están dentro de la demarcación de S.M. y para entrar en ellas tenían poder de S.M.". La actitud de los lusitanos es manifiestamente contraria a la permanencia de los castellanos en aquella zona.

En su dirección hacia el S. la nave en la que marcha Villalobos, empujada por fuertes corrientes, los acaba metiendo en Zagala, que es un pueblo del rey de Gilolo. Para Santisteban, la llegada de Ruy López a las Molucas se debe, objetivamente, al hambre que todos pasaban, y, subjetivamente, por la decisión personal del propio Villalobos: "Ya porque no pudiesen todos, determinó arribar a Maluco".

De nuevo los portugueses. Nada más tener conocimiento de la llegada de los españoles, les envían un requerimiento para que no desembarquen siquiera. El general les responde, haciéndoles ver la necesidad con que venían, y que tan pronto ésta fuese satisfecha se volverían a las Filipinas donde se hallaba el resto de españoles. La reacción inmediata de nuestros convecinos peninsulares fue, no sólo negarles el auxilio, sino -como ya había ocurrido estando en Sarrangán- inducir a los naturales "para que no nos vendieran bastimentos, amenazándoles si los vendían".

El 25 de abril de 1544 Villalobos arriba a Tidore, lugar donde Gómez Espinosa, de la expedición de Magallanes, mediante un pacto con su régulo, había fundado una factoría que sirviera de base a otros españoles que llegasen, como se ha indicado, a aquellas tierras. La presencia de los españoles en esta isla es tan bien acogida por los naturales y los de Tidore, como repudiada por los portugueses. Los nativos viven bajo explotación de los lusitanos que les explian sus tierras, sus hombres, comercializan sus especias y les hacen pagar tributos ven en los españoles una fuerza de amparo y defensa frente a tanta rapiña.

La congoja de los expedicionarios era que la permanencia en las Molucas, suponía una flagrante violación del Tratado de Zaragoza y de las capitulaciones e instrucciones de S.M. y del Virrey, en cuyo nombre Villalobos explora las Islas de Poniente. Durante el último tramo del viaje, he aquí el dilema: divagar por otros archipiélagos con la hostilidad de los indígenas, sumidos en la miseria, el hambre y las enfermedades, o incumplir las órdenes de S.M. en un enfrentamiento con los portugueses.

El rey de Gilolo promete hacerles una fortaleza y venderles bastimentos el de Zamafo, también. Al fin, el general, con el consentimiento de todos, decide marchar hasta la zona del rey de Gilolo para defenderlo de los lusitanos. Estos, por su parte, no cejan en su empeño de acoso pacífico a los castellanos. Para ello intrigan y amenazan veladamente a los nativos, según su vieja táctica, a fin de que no les suministraran víveres a los nuestros.

A pesar de la aparente buena intención del rey de Gilolo, lo cierto es que esta provincia es pobre, y tierra muy enfema, "... y como lo poco que teníamos se

iba acabando, descuidábanse de nuestra comida, y como sólo ésta era la causa de nuestra perdición, deseábamos que se remediase antes de no perder del todo". Por ello los españoles deciden mudar de isla.

Una maraña de recelos recíprocos, entre portugueses en Ternate -su cuartel general y centro de operaciones-, el rey de Gilolo, rey de Tidore y españoles teje los acontecimientos subsiguientes. La desconfianza de todos hacia todos domina las relaciones entre las cuatro partes.

Escasez de recursos en Gilolo, desinterés de Tidore, Villalobos cambia la estrategia para suscitar los celos de los nativos. A este fin, entabla relaciones con los portugueses y envía a Matías de Alvarado a Terrenate, capital de las especias y sede lusitana. Ello hace desconfiar a todos, incluidos los capitanes del general, que no entienden la maniobra. Se anticipa así, a un posible entendimiento del rey de Gilolo con los portugueses. El efecto fue fulminante, "el rey de Tidore nos vino en persona a rogar que nos fuésemos a su isla, y que nos daría de comer porque por haber sido siempre amigo de castellanos, los portugueses le querían prender ... por ello procuró su seguridad con nuestro amparo, y como nuestra voluntad se mandaba por la necesidad, aceptóse la ida" con la condición de que no se había de hacer guerra a los portugueses, ni a cosa suya, ni se les había de quitar la contratación del clavo.

Llegamos, así, al penúltimo tramo del viaje. La permanencia de estos veinte meses en Tidore va a estar caracterizada por la intensificación de relaciones con los portugueses, la ansiada espera por recibir refuerzos de Nueva España, el segundo intento para hallar la ruta hacia esta tierra, y la difícil situación de Villalobos, atezado -ya sin moratoria- ante la disyuntiva que se le ofrece: hacer caso a la tripulación y permanecer en Maluco, incluso con el uso de la fuerza frente a los portugueses, y en ello contraía una gravísima responsabilidad ante el Virrey y S.M. o por contra, entregarse a aquéllos, fracasado, diezmada y exhausta la tripulación, sin ningún beneficio económico y sin ninguna gloria, y volver por la ruta de la India a la Península.

ETAPA DE JORDÁN DE FRETES

Hacia octubre de 1544, cumple el tiempo como capitán de Maluco a Jorge de Castro. Se hace cargo del mando de las islas, Jordan de Fretes. Para disipar recelos ante la nueva autoridad, Santisteban actúa como embajador de Villalobos, "... y se concertó que estuvieran portugueses y castellanos seguros unos de otros, hasta que viniese mandado del Gobernador de la India". Se trataba de ganar tiempo, en tanto llegaban noticias de Nueva España, bien por iniciativa del Virrey, bien a requerimiento, de nuevo, de otro navío enviado por el general, en busca de auxilios.

Es ésta la expedición —fracasada la de Bernardo de la Torre (agosto del 43)— que saldrá de Tidore el 16 de mayo de 1545, al mando, nada menos que de Ortiz de Retes, Alférez Mayor y Maestre de Campo, es decir, el segundo de a bordo en la Armada. Tras las habituales penalidades, el 3 de octubre rinden viaje en Tidore sin haber podido alcanzar la costa de Nueva España. Vientos y corrientes lo imposibilitan. Es el quinto intento —segundo de esta empresa—, y la vía de retorno sigue sin encontrarse.

Las relaciones con los portugueses, que transigen con nuestra presencia a cambio de ayudarles a destruir a los reyes de Gilolo y Tidore los titubeos de Villalobos para cumplir sus compromisos con estos reyezuelos, sin enojar a los lusitanos sus tribulaciones ante el manifiesto incumplimiento de las ordenanzas del Emperador y, sobre todo, las fuertes tensiones en el seno de la propia escuadra, que no se resigna a aceptar su fracaso, es lo verdaderamente interesante en este penúltimo segmento de la jornada.

Los portugueses piden ayuda a los españoles para derrotar al rey de Gilolo y destruirle la fortaleza. Estos se lo niegan porque, en realidad, no hallan motivo propio toda vez, que fueron bien recibidos y tratados por este rey, y además "debían guardarse los capítulos y juramentos que el general había hecho, como capitán de S.M."

Por su parte, el rey de Gilolo, sabedor de las aviesas intenciones de los portugueses, trama la alianza con los españoles y el rey de Tidore. Les propone que se confederen los tres para hacer frente a aquéllos y que los de Banda, Ambón y otras islas de Maluco se sumarían a esta coalición, si se hacía todo al amparo del castellano.

Avisado Jordán de Fretes de lo que urdía el de Gilolo, se persona en Tidore a hablar con el general. Les ratifica su amistad a los españoles y les recrimina que ayuden o puedan ayudar a "moros". He aquí, una de las claves psicológicas para explicar la actitud de Villalobos. ¿Cómo un hidalgo español, hijo de combatiente en la guerra de Granada, y él mismo súbdito de un Rey que se enfrenta en esos momentos a los turcos, correligionarios de los régulos malayos, podía aliarse frente a cristianos? y eso es "contra todo lo que cristianos deben hacer", dirá el propio general. Los portugueses conocen las limitaciones éticas del capitán castellano y le atacan por donde más daño se le podía hacer: en su honor y en su fe. Esto al cabo, será decisivo para la determinación última de Villalobos, y la posterior evolución de los acontecimientos su repugnancia íntima a trenzar alianza con los musulmanes. Sean cuales fueren los avatares de la expedición en el futuro, algo estaba muy claro en la conciencia del malagueño: concertarse con "moros" para hacer la guerra a cristianos era de todo punto ilegítimo, ilícito e inmoral y, por ello mismo, incompatible con su condición de caballero y cristiano viejo.

En el trascurso de la entrevista el general le agradece al portugués su confirmación de amistad y le niega que fuera a convenirse con los nativos.

A continuación, reúne Ruy López a sus capitanes y les expone la situación. Son objeto de deseo por parte portuguesa e indígena. El precio que los españoles acuerdan poner por mantener su neutralidad, es recibir "la seguridad de que no nos podría faltar comida, pues toda la tierra nos ofrecía amistad y hacienda para nuestro gasto, porque los cuidáramos". Cuando este mensaje llega a Fretes en Ternate, a través de Bernardo de la Torre, efectivamente, el portugués accede a mantener a los castellanos, pero en su propia tierra, no en Tidore. Allí serían de buen grado recibidos. Para apremiar la solución, el gobernador luso desvela el secreto de las conversaciones y hace llegar al rey de Tidore la idea de que los españoles, urgidos por el hambre, lo abandonarían. Villalobos marcha a Ternate, lo que pone en prevención al rey, que piensa que españoles y portugueses se coaligarán contra él. Para disipar toda sospecha, el general jura - septiembre del 45- ante los cuatro Evangelios que jamás se concertaría con los portugueses lo que momentáneamente, dio sosiego y seguridad al rey de Tidore, y a los suyos.

Ignoramos el grado de sinceridad de Villalobos en su juramento. En esos momentos la situación es extraordinariamente compleja, y a la altura de la fecha, aún no debía de tener decidida la solución, aunque, en todo caso, su proclividad se muestra favorable a los portugueses. Su "perjurio" no debió de suponer ningún desdoro ni reparo moral ante un "moro" además de que, en verdad, nunca se concertó contra el de Tidore sí, en cambio, contra el de Gilolo. Simplemente, lo que no era poco, pactó su retirada de Maluco con los portugueses, ello implicaba abandonar al régulo. Así, cumple, siquiera formalmente su juramento, al no ir contra él pero desampara al de Tidore, en cuanto que no lo defiende frente a los lusitanos.

La negativa de Villalobos a evacuar Tidore y marchar íntegramente a Ternate, no hace desistir a los portugueses de su empeño. Jordán de Fretes porfía. Envía un escribano con tres requerimientos: para el general, para los oficiales y para los soldados. La reflexión y la invitación en las misivas son las mismas: que puesto que el navío de Nueva España había fracasado en su intento, que marcharan todos a Ternate a eso añade como argumento que Fray Gerónimo de Santisteban le había prometido que, de no volver el navío de N^a España, irían a su isla "a ser soldados suyos". Los españoles responden que siguen aguardando la oportunidad de enviar, de nuevo, el navío con tiempo más propicio y desautorizan a Santisteban, negando que tuviera poder para prometer tal cosa.

La situación de *impasse* e indefinición favorece las desertiones. Veinte soldados y tres clérigos se ponen directamente al servicio de los portugueses.

Por otra parte, el rey de Tidore, con la aprensión propia ante la ambigüedad castellana, convoca al general y a los capitanes, y les hace toda una relación de fidelidad a S.M., desde las expediciones de Magallanes, Loaysa, Saavedra hasta ahora, y que seguía en la misma disposición por ello les ruega que no lo abandonen y permanezcan en la isla para su protección frente a los portugueses. Les promete, pese a las dificultades económicas en que se halla, duplicar la ración de alimentos, y en orden a la navegación, provisión de medios para tornar a Nueva España prestaría sus carpinteros para construir una buena nave y donaría la madera, la brea y la jarcia.

Aun con tanto ofrecimiento, el general no muestra ningún entusiasmo, probablemente porque no se fie y considere que el rey de Tidore confunde los deseos con la realidad amén, claro está, de su propia mala conciencia por la contravención de las instrucciones y capitulaciones en la que estaba incurso y, en última instancia, porque era la palabra de un "moro" y por ello poco fiable.

DE SOSA TAVORA A LA EXPULSIÓN

Así las cosas, los portugueses están resueltos a que los españoles dejen las islas. El 22 de octubre de 1545 surge en el puerto de Langatame (Terrenate) una armada lusitana, que iba en socorro de Maluco, con tres naves y ciento cincuenta hombres, al mando de Hernando de Sosa Tavora.

Ya están aquí. Y vienen a expulsar a los españoles. Sosa Tavora es el hombre. Fretes se inhibe. Todas las relaciones de Villalobos, en lo sucesivo, serán con el capitán recién llegado. Los acontecimientos cobran un vértigo inusitado. Lo que había sido más de año y medio de arduas y correosas negociaciones, de dilaciones y hasta de tentación de alianzas *contra-natura*, se va a resolver en cuestión de días. La última semana y media de octubre del 45 resulta frenética. El 22, llega la flota de refuerzo. El 25, Villalobos tiene ya la lista de peticiones de sus capitanes para negociar. El 26, se entrevista con Sosa. El 27, probablemente, responde éste denegando todas las pretensiones castellanas. Sólo acepta que se entreguen y vuelvan a España por la India. El mismo día los capitanes hacen un requerimiento a Villalobos para que conteste por escrito, a la vez que le expresan la negativa a abandonar Maluco. En los días inmediatamente posteriores, García de Escalante se dirige al general solicitándole un navío para volver a Nueva España. Villalobos se lo niega y es entonces, el 1 de noviembre, cuando Martín de Islares lo requiere de nuevo con idéntica pretensión. El 4 de noviembre Soda y Villalobos firman la capitulación: los españoles abandonan y tornan por la India. En sólo doce días la cuestión queda zanjada. En apenas dos semanas se pone fin a dos años y medio de enfrentamientos. Y en sólo un mes — 22 de octubre, 23 de noviembre— portugueses y españoles transitan de la hostilidad

a la cooperación. La escuadra luso-española sobre Gilolo lo atestigua. Sosa ha demostrado ser un excelente diplomático y ha sabido jugar sus bazas frente a un Villalobos afligido por el desastre y atenazado entre su tropa que quiere quedarse y S.M. que le conmina a marcharse. Incomprendido y abandonado por los suyos, el capitán portugués es su único interlocutor.

Sin duda Sosa, no sólo hizo una demostración de fuerza con aquella su potente armada, frente a la desvencijada y exhausta flota española, sino que debió de ejercer intenso acoso y presión psicológica sobre Villalobos. El drama de Ruy López se sustancia en su aislamiento físico e informativo. La información siempre, pero en la diplomacia y en la guerra más, constituye un factor decisivo. Y aunque no nos consta expresamente, el español debió de saber por Sosa que S.M., y probablemente el Virrey, estaban al corriente de su estancia en Maluco. Y eso le hizo derrumbarse.

En efecto, los portugueses habían hecho llegar a su Rey la denuncia de que los españoles están en el territorio prohibido de las Molucas, y éste se queja al Emperador de la violación del tratado. Ello motiva que Carlos desde Gante el 22 de octubre -fatídica fecha- dicte una provisión "ordenando que ninguna embarcación, así de guerra como mercante, vaya a las islas Molucas y ordena a Villalobos que salga de aquellas tierras, teniéndose *por deservido* por lo que había hecho" ⁴. A esto sigue una Real Cédula dirigida al Virrey Mendoza, dictada en Brujas el 9 de noviembre de 1545, en la que le participa el contenido de la "provisión", a la vez que le anuncia que ha advertido a todos los justicias, así de las Indias como de Castilla, para que "en cuanto arriben a puerto sean prendidos y detenidos, se les interrogue en secreto y que parezca y den a entender que han sido reprendidos y castigados, para complacer al Serenísimo Rey" ⁵. Carlos quiere cumplir, siquiera formalmente, para acallar las reiteradas denuncias de su pariente Juan.

Es obvio que Sosa no conocía esta correspondencia de Estado, pero sí debió de dar a conocer a Villalobos que su Rey había recibido la acusación acerca de la presencia castellana en las islas y sabiendo, eso sí, uno y otro, las excelentes relaciones entre ambos soberanos, era lógico pensar que Carlos, por no agraviar más al vecino monarca, ordenaría la inmediata evacuación de las islas por los españoles, a la vez que exigiría responsabilidades. La ventaja portuguesa, también lo era en la información, y ello debió de gravitar de modo decisivo ante un Villalobos desconcertado y pusilánime. Sosa tiene la soberanía, los barcos, la tripulación de refresco y la información. La superioridad es toda suya.

En estas circunstancias el general envía a Bernardo de la Torre con una carta, cuyo contenido ignora la tripulación, y le contesta el recién llegado capitán con otra, cuyo tenor igualmente omite el castellano a los suyos. Jorge Nieto y Escalante desaconsejan a Villalobos que se entreviste directamente con Sosa.

Debe enviar un emisario. El general insiste en que ya está concertado y tiene que acudir a la cita. El capitán español se lo comunica al rey de Tidore, éste igualmente, muestra su opinión contraria, y en todo caso, si el encuentro ha de celebrarse, que se deje acompañar por su hermano Quichilrade. Es evidente que el régulo no se fía y quiere hacerse presente en la conversación que el español y el portugués mantegan.

Al fin, el 25 de octubre, Villalobos reúne a todos los de su compañía y les comunica que al día siguiente se vería con Sosa, y les pide que le aconsejen acerca de lo que le ha de solicitar. Los reunidos acuerdan que le formule diferentes propuestas alternativas:

1°. "Paz y tregua ansí de la manera que el Rey de Portugal y S.M. lo tienen y nuestras naciones la guardan tantos tiempos ha", porque allí permanecían por causa justificada.

2°. Si no lo acepta, "pedir tregua por tiempo limitado hasta recibir mandado de S.M. o del Virrey".

3°. Si tampoco esto lo admite, "se debía pedir navío en que todos pudiésemos salir e irnos con los bastimentos necesarios para nuestro camino, con que pudiésemos volver a Nueva España ... sin ser constreñidos ni forzados a nos entregar a otra nación, ni Hernando de Sosa tal debía pedir a vasallos de S.M."

4°. Si no pudiesen seguir a Nueva España, prometen respetar las tierras del Rey de Portugal, "no entraríamos en estas islas de Maluco ni en otra parte e tierra que pertenezca al Serenísimo Rey de Portugal", y se comprometían a pagar "el dicho navío y gastos que con nosotros hicieren".

5°. En todo caso, quieren dejar a buen recaudo al rey de la isla, que "perdonen y aseguren en nombre de S.A. y del Gobernador de la India, al Rey de Tidore y sus vasallos" que no ejerza represalias contra el rey por la ayuda dada a los españoles, "porque con esto se hacía un grande servicio a S.M."

Las pretensiones son realmente exigentes y en la práctica, su aceptación, constituía otorgar un salvoconducto para la permanencia ilimitada de los españoles en la Especería, o endosar a los portugueses los elevados costes de su evacuación, muy problemática por otra parte, hacia Nueva España. Venía a suponer, en verdad, descargar sobre los administradores lusos la responsabilidad de la supervivencia hispana. Y a esto, lógicamente, no están dispuestos. Vienen a echarlos, no a pactar cómo se quedan.

En el supuesto de que Sosa no se aviniese a sus pretensiones y les hiciese la guerra para obligarles a abandonar Maluco hacia la India, "... nos debíamos defender hasta más no poder ... porque estaban aparejados para morir por honra de la nación española y sus bienhechores". Este es el parecer de la mayoría del campo.

Poco margen de maniobra dejan a Villalobos. Se entrevistan, efectivamente, Ruy López, Hernando de Sosa y el Prior Santisteban, que ya permanecía en Ternate desde hacía algún tiempo como embajador de la expedición y hombre de total confianza del Capitán, en un parol. Los demás acompañantes, entre los que se encuentra Quichilrade, se pasan a otro. Tal era la discreción y secreto que se quería tener.

Villalobos le entrega a Sosa la relación de peticiones y éste le promete contestar, igualmente, por escrito, una vez hubiese deliberado con los de su compañía.

A los pocos días, Santisteban, que continuaba en Terrenate, viene a Tidore acompañado por el portugués Francisco Núñez, enviado de Sosa. Visitan al general y le entregan la respuesta dada por aquél. A ni una sola de las cuestiones expresadas en el documento accede. Sólo se aviene a hacer retornar a los expedicionarios, vía India, a España.

CONFLICTO INTRA-ARMADA

Cuando se conoce la noticia, causa gran frustración entre los tripulantes, pero eso fue poco comparado con la indignación y estupor de que fueron presa, cuando saben por boca del mismísimo general que la solicitud de retorno por la India le fue propuesta secretamente, por medio de un escrito que Villalobos dejó a Santisteban, concluido el encuentro con Sosa.

La desolación es completa. Se sienten traicionados por Villalobos. Es lo peor que podía ocurrir. A partir de ahora, todo son desconfianzas. El liderazgo de Ruy López ha quedado deshecho, por ello la prevención recíproca en sus relaciones será la tónica dominante en lo sucesivo. Se trata de dejar constancia cada uno, por escrito, de lo que dice y afirma. Por eso se acude a los requerimientos con escribano por medio, para la correspondencia. Ante la radical discrepancia entre la tripulación, por un lado, y el general, por otro, cada cual quiere salvar su responsabilidad ante el Virrey y ante S.M.

En todo caso, algo queda claro. Villalobos concita el recelo y hasta la animosidad de sus subordinados. Ha perdido la credibilidad y la confianza de quienes están a sus órdenes, y en estas condiciones el mando no se puede ejercer. Podía estar acertado, pero el liderazgo natural de la expedición quedaba dinamitado. La sensación de frustración y fracaso se acentúa. No sólo no han hallado lo que buscaban -otras islas con especias, o metales preciosos-, no sólo les resulta imposible, tras dos intentos, volver a Nueva España han pasado mil penalidades -hambre, enfermedad y muerte- pero lo peor es la percepción que todos y cada uno tienen de haber sido traicionados por su general. Y esto se hace insufrible.

Por si hay alguna posible solución y para explorar el ánimo de Villalobos, acuden a visitarle en su aposento, Jorge Nieto, Bernardo de la Torre y Escalante. Le recriminan lo pactado con los portugueses, pero sobre todo, que lo haya hecho a sus espaldas. Se sienten burlados. Y muestran su queja, porque hasta ahora le han sido leales y han cumplido en todo lo que su voluntad ha ordenado. Le amonestan y le amenazan con desobedecerle, "... porque el día que le vieses entregado a los portugueses, no le acatarían, ni tendrían en nada, ni harían más cuenta dél que de un soldado". El general los corta tajantemente, ratificándose en lo que ya tenía concertado con los lusitanos, y no quiere hablar más del asunto.

A la reacción de indignación, sigue la tentación de desertar y quedarse con el rey de Tidore, pero éste, a su vez, está desorientado ante la actitud del general, y no sabe qué hacer. Si acoge a los desertores castellanos, ello podría despertar la ira de los portugueses y entrarían en guerra con él.

Viendo la determinación de su capitán, los oficiales acuerdan pasar de la simple comunicación oral al requerimiento escrito. Un interesante cruce de correspondencia, recogida y expresada magistralmente por García de Escalante, nos permite entrar en la jornada previa al desenlace de la expedición, a la vez que nos suministra suficientes datos como para dibujar el perfil psicológico de los personajes ante tan difícil coyuntura: entregarse a los portugueses o ir a la guerra para intentar permanecer en Maluco. Esta es la cuestión.

REQUERIMIENTOS

Viendo que Villalobos a nadie particularmente hace caso, deciden juntarse los oficiales, el maese de campo, capitanes y soldados para hacerle un requerimiento, "porque así nos parecía que cumplía al servicio de S.M. y de Vuestra Señoría -Virrey Mendoza- y honra de todos nosotros".

El 27 de octubre de 1545 le envían la notificación, que tiene como puntos fundamentales los siguientes:

- El general con su doble juego y negociación secreta, ha incumplido lo acordado por el campo, que era permanecer en Maluco.
- En el archipiélago tienen comida y estancia asegurada por el rey de Tidore y éste, además, les facilitaría una nave bien pertrechada de las cosas necesarias para volver a Nueva España por vía y tierras de S.M.
- Mantienen la certidumbre de hallar la ruta de retorno a Nueva España y juzgan inseguro volver por la vía portuguesa "donde no sabemos quién escapará para dar cuenta de esta jornada a S.M.", y, desde luego, renunciarán así a encontrar el itinerario de tornaviaje, "tan deseado por S.M."

- Si abandonan las islas y llegasen refuerzos de Nueva España, los portugueses hundirían la flota de socorro, y de esta manera, nunca se tendrían noticias de ellos. Ponen por testigo a Fray Gerónimo de Santisteban, como autor de esta tesis. Por contra, si permanecen en Tidore les avisarían de cómo habrían de arribar hasta allí y los auxiliarían.

- Por otra parte, los castellanos cautivos en poder de los indios se perderían para siempre si se marchan y podrían recuperarlos, si se quedan.

- Se niegan a secundar lo acordado por Villalobos. Lo requieren "por una, dos y tres veces" y quedan descargados de toda culpa, daño y perjuicio que se siguiere y sea de la absoluta responsabilidad del general, que toma su decisión en contra del parecer y voluntad de "tan honrados caballeros y buenos soldados".

Entre tanto, García de Escalante se ofrece para intentar, por tercera vez, volver a Nueva España. Reprochan al general que no se envíe el navío en esas fechas que el tiempo es bonancible. Le pide el navío en el que lo pretendió Ortiz de Retes que estaba en muy buenas condiciones y con una leve reparación se podría hacer a la mar. Los bastimentos los hallaría en Zamafo (seiscientos fardos de arroz, aproximadamente tres mil fanegas) y en Camola y Lobata tiene ochocientos fardos de zagú para hacer bizcocho. Después que hubiese partido el navío, podría Villalobos hacer los conciertos que estimase oportunos. El viaje lo llevaría a cabo con veinte o treinta hombres. El general le acepta el plan, en la creencia de que no encontraría gente que le acompañase. Escalante consigue piloto, Alonso Hernández Tarifeño, que había ido en el primer viaje con Bernardo de la Torre. Tiene la tripulación, que le dice "que antes querían ir pobres a Nueva España que ricos por la India". Cuando ya Escalante lo tiene todo preparado, el general lo desautoriza, porque le había prometido a Sosa que tornarían por la India. Un motivo más para la desconfianza. Villalobos hace generar una ilusión y expectativas que después es incapaz de satisfacer.

Fracasado el intento de Escalante, le toca el turno ahora a Martín de Islares, Factor del Virrey. Su requerimiento data del 1 de noviembre de 1545.

Empieza acusándole de haber desatendido la hacienda del Virrey, al estar más preocupado por hacer conciertos con los portugueses y el abandono en este punto, ha llegado a tanto "que ha consentido que su hacienda y artillería vengán en poder de extranjeros", ahora ya difícilmente recuperable. Y para que todo no se pierda, requiere a Villalobos para que le autorice a aderezar el navío *San Juan*, pues ya tiene, como Escalante, provisión de velas, bastimentos, artillería, municiones, piloto, capitán y marinería "porque aunque vuestra merced se vaya por la India, nosotros como criados y servidores de Su Señoría, queremos ir a darle cuenta por este otro viaje, pues en ello sabemos el servicio que se hace a S.M. y al Virrey, mi señor". Denuncia que ya hay marineros españoles que están marineando los navíos portugueses, y le advierte que no le entregue

la artillería y munición a éstos, porque son necesarias, hasta que no parta el navío a Nueva España. Islares propone que si no hay hacienda para sufragar el viaje "que se vendan los negros que aquí tiene el Virrey". Por último, le avisa de toda la responsabilidad en que incurre, si no lo autoriza. Villalobos no contesta. Su silencio se interpreta como indiferencia. La tensión va en aumento. El enfrentamiento es ya abierto entre el general y sus capitanes. En cualquier momento la coacción y la violencia física pueden surgir.

La situación estalla con ocasión de la toma de "los seguros" del rey de Tidore y su hermano Quichilrade, de manos de Villalobos, a quien se los había traído el portugués Francisco Núñez, expedidos por Sosa Tavora, tal era el grado de colaboración de ambos generales. Entran en el aposento del español el veedor, Onofre de Arévalo y el capián Bernardo de la Torre, con un piquete de soldados, a fin de impedir que Villalobos les entregara los citados seguros, hasta tanto no diera respuesta a los requerimientos de que había sido objeto. Se enfrentan con duras palabras. Y en una actitud rayana en la insubordinación, Bernardo de la Torre le dice al general que lo acataría hasta llegar a España, "pero que puesto allá, juraba a Dios que lo había de seguir y hacer todo el daño y mal que pudiera, aunque para ello tuviese que vender toda su hacienda", y más aún, "lo buscaría personalmente". El general lo toma como desafío, y a punto están de llegar a la violencia física. A Francisco Núñez y al rey los sacan del aposento bajo la presión de las armas. Villalobos zanja este grave incidente expulsando a los soldados, so pena de muerte, si no abandonan las dependencias. Hasta ese punto llegan las cosas. El prestigio de Villalobos está a ras de tierra.

RESPUESTA DE VILLALOBOS

Al fin, Ruy López se aviene a responder a los requerimientos. Estos son los argumentos en los que intenta justificar los conciertos hechos con los portugueses:

— Tiene la expresa prohibición de S.M. de entrar en Maluco y tocar en cosa que pertenezca al Serenísimo Señor Rey de Portugal, y si han llegado hasta allí es "por extrema necesidad de hambre y no haber habido aparejo para poder salir de esta tierra sin ayuda de terceros". En toda caso, carecen de autorización del Gobernador portugués.

— Ha estado esperando desde el 9 de enero de 1544^o hasta el día de la fecha, respuesta de los navíos enviados a Nueva España por dos veces, o socorro de allí para poder salir de estas tierras. Cuando intentó dejar Maluco todos se opusieron, salvo si era ir a Nueva España. Por consiguiente, aún estando en grave incumplimiento, ha transigido con la permanencia en las islas, en lugar de ordenar su desalojo.

- Lo que le obliga y mueve a salir es el "temor de Dios Ntr. Señor", porque para allí continuar tendría que valerse de "moros" en contra de cristianos (portugueses y españoles) y eso es "contra todo lo que cristianos deben hacer". Por otra parte, permaneciendo, darían a entender que el mandamiento de S.M. huelga y actuarían "contra su palabra real y mandamientos públicos, lo cual es tan grande heregía en lo humano, como renegar de la feé en lo divino". Pecaría, no por ignorancia, sino por contumacia.

- Está obligado a la honra y bien del Virrey de Nueva España y con la entrada en Maluco -habida cuenta de la prohibición expresa de S.M.- podría darse a entender que se hacía con la aquiescencia del Virrey y hasta que se demostrara que el Virrey no tenía parte en ello "estará en opinión de haber mandado otra cosa de lo que S.M. mandó, lo cual es muy gran mal". Pero además, si se quedan por la fuerza, los portugueses lo pondrían en conocimiento de S.M., y éste exigirá responsabilidades al Virrey, porque no podrá pensarse que dadas las penas de incumplimiento, el general actuaría por su cuenta. Cuando el Virrey deseche todos los cargos, éstos recaerán sobre Villalobos "porque le hice homenaje de hacer todo lo contrario de lo subcedido, y tendrá muy gran razón su señoría de quejarse de mí porque no miré más su honra".

- El agradecimiento al rey de Tidore pasa por no resultarle más gravoso, porque no podrían resarcirle, y "al cabo un día u otro lo habíamos de dexar y si hay guerra, sabiendo los portugueses que no hemos de tener favor ni ayuda de S.M., ni es razón que se presuma que la tendremos" cuanto más tarde, los portugueses serán más poderosos y los españoles menos, y la represalia para los indígenas más cruel.

A continuación reflexiona acerca de la guerra en justa defensa:

- " La principal honra de los hombres es la honra de Dios y de su Rey, guardando sus mandamientos". No deben anteponerse los intereses y honras particulares a los generales. Y si se argumenta que no quieren guerra, sino que es en defensa propia, "hay defensas propias que no se pueden hacer y que merecen culpa y pena ... porque la defensa para que no sea culpada ha de ser justa, y en caso que se conozca claramente que se pierde la vida sin razón ... y no hay razón ni justicia en defendernos, pasando el mandamiento de S.M."

Y prosigue, referido a mantenerse allí aún a costa de la guerra:

- Ha de dilucidarse, primero, si es con mandato de su rey o contra él. Si es con mandato del Príncipe "son los hombres obligados a defenderse hasta que se vea el fin de sus fuerzas" pero ya ha quedado dicho, que si se hace la guerra es en contra de la voluntad de S.M.

- Es evidente que están muy maltrechos. Pese al esfuerzo del rey de Tidore faltan las cosas necesarias "que no se oyó entre todos sino hablar de hambres, quejándose de pobreza extremada y diciendo desesperaciones". Por otra parte,

reconoce que los portugueses son más poderosos y "tienen más ayudas y socorros que nosotros". Villalobos considera que al final, por mucho empeño que tomen, ganarán los portugueses.

Siguiendo con la contraposición argumental al requerimiento de sus capitanes, alude al barco que dice el rey de Tidore que construiría para tornar a Nueva España.

- Villalobos lo tiene por imposible, a la luz de la enorme dificultad que entraña, por carencia de medios del propio rey, como del tiempo que emplearía en su botadura. Por otra parte, la pretensión de navegar a Nueva España se ha demostrado ser una empresa imposible y aún estaría dispuesto a intentarlo de nuevo, si no fuera a costa "de que se quebranten las cosas que tengo dicho en deservicio de S.M." es decir, permanecer ilegalmente en la tierra que tiene prohibida.

- En lo referente a los castellanos que están presos en Filipinas, se pueden rescatar mejor con los conciertos que ha hecho, que garantizan la paz, que estando en guerra, porque los portugueses lo impedirían.

- Ante la acusación de que el general ha realizado "conciertos quebrados", Villalobos los tiene por honrosos, porque es mejor hacerlos por grado que tener, al fin, que hacerlos por la fuerza, " después de haber deservido a S.M."

Hasta aquí las razones de Villalobos. Desgrana en su repuesta, argumento a argumento, con el fin de abandonar, todos los alegatos de sus capitanes. En realidad de lo que se trata es de legitimar, por su parte, una decisión ya tomada: dejar Maluco y tornar a España.

CONTRARREPLICA DE LOS CAPITANES

Pero continúa el litigio. Los oficiales no desisten ante los razonamientos y, a veces, sutiles tesis de Villalobos, más propios de un letrado que de un jefe militar que goza de la confianza y lealtad de sus subordinados.

En efecto, Jorge Nieto, Onofre de Arévalo, García de Escalante - Contador, Vehedor y Factor, respectivamente de S.M.- los capitanes Alonso Manrique, Pedro Ortiz de Rueda y Bernardo de la Torre encabezan un segundo requerimiento de réplica, cuyo primer dato es:

- Ciertamente, no podían entrar en Maluco, pero como por necesidad allí están, "es preciso aguardar hasta que lleguen los navíos que cada día esperamos de la Nueva España, para volvernos a la gobernación del Ilustrísimo Sr. Virrey". Esto les sería concedido por el capitán del rey de Portugal "si vuestra merced no le acometiera luego con los partidos de irse por la India como hombre que no deseaba otra cosa".

La carga de la argumentación de los oficiales y capitanes está en insistir hasta la saciedad en que el rey de Gilolo los ha tratado muy bien, y por tanto,

ha de estársele muy agradecido "que si muchos no son muertos es por haberles dado la vida -alimentos y cobijo- el dicho rey de Gilolo".

El tercer dato es que el tal rey se tiene por vasallo de S.M., y como prueba presentan sus declaraciones de confianza y lealtad al Emperador con ocasión de las dos expediciones, dirigidas, la una, por Bernardo de la Torre, y la otra, por Jorge Nieto.

El cuarto dato, que va a dar fuste a su contraargumento -para ellos absolutamente contundente- consiste en negar la mayor es decir, las tierras de Gilolo no son de soberanía portuguesa. Ello estaba en la conciencia del propio régulo de la isla -por eso hace las declaraciones de fidelidad a S.M.- en la conciencia de los españoles de las expediciones precedentes -Magallanes, Loaysa y Saavedra-, y en la de ellos mismos. Existe una línea de continuidad en el acatamiento, lealtad y vasallaje del rey hacia el Emperador, atestiguada a través de las atenciones recibidas por los españoles en las sucesivas expediciones desde 1520 hasta ahora, 1545, "... y pues esto consta claro ser así, y estas tierras no están averiguadas ni sabidas que sean del Serenísimo Rey de Portugal ... son y pertenecen a S.M. ... y no es bien que los que son vasallos suyos sean destruidos ni perturbados por otros mismos vasallos de S.M." Que sea el Gobernador Hernando de Sosa quien destruya al rey de Gilolo, "no nosotros que hemos recibido su ayuda". Le recuerdan a Villalobos los escasísimos logros de la expedición, y así, por lo menos, que no se hagan deméritos ante S.M., "pues está claro que en ir nosotros sus vasallos en contra de otros sus vasallos mismos, se le hace muy gran deservicio".

Por último, añaden, en orden al buen nombre, prestigio y servicio de S.M., que el juramento que Villalobos hizo en nombre del Emperador con el rey de Gilolo, se ha de mantener porque, de lo contrario, "será dar que decir a los naturales destas islas, y en los negocios de adelante, se hace notable daño a S.M."

A estas razones Villalobos responde empezando por la última, en relación con su grado de compromiso con el rey de Gilolo, con una negativa rotunda: "No hice concierto ni juramento con el rey de Gilolo en nombre de S.M. ni hiciera tal locura". Es evidente que nuestro personaje mantiene una clara reserva mental. Efectivamente, no consta ningún concierto por escrito con el régulo, pero debió de dárselo a entender a él y a los propios oficiales y capitanes.

De otra parte, pone sordina a la ayuda recibida de Gilolo, tan encomiásticamente señalada por sus requirientes: "... y tampoco me parece que le soy obligado como dicen, por otras muchas cosas que pasamos en medio de los negocios".

En cuanto a hacer la guerra contra el rey de Gilolo, ayudando a los portugueses, la actitud del general se nos muestra cínica y permisiva. No obliga, pero no prohíbe. Simplemente deja hacer. Se guarda, eso sí, de dejar constancia escrita

de su posición -ambigüedad calculada-, previniéndose ante una futura exigencia de responsabilidades. "No parecerá por escrito ni de palabra -nos dice- haber yo mandado a ninguno que vaya a hacer la guerra a Gilolo, pero tampoco me es lícito contradecirle, no paresciéndome que deservicio de Dios Ntro. Señor, ni de S.M."

Así concluyen los requerimientos y las respuestas de Villalobos.

García de Escalante, indignado por las sibilinas argucias del general, y en cuanto cronista, da todo tipo de detalles del apoyo, de hecho, que el Capitán presta a los portugueses en contra de los nativos, como prueba en desfavor de Ruy López, cuando concluya la expedición y se le haga juicio por el fracaso cosechado.

Los lusitanos reclutan voluntarios con el permiso del general para la guerra de Gilolo y además, "dio a los portugueses la bandera de Vuestra Señoría y atambor. Los proveyó de pólvora de arcabuces porque la que aquéllos tenían era ruín para hacer la dicha guerra".

Al cabo, la escuadra luso-española parte el 23 de noviembre de 1545 de Terrenate -cuartel general portugués- y marchan sobre Gilolo. Manda las fuerzas el propio Hernando de Sosa. Asedian esta provincia durante trece días, al término de los cuales se ven forzados a levantar el cerco.

LA SUERTE ESTA ECHADA

Desde que Villalobos y Fray Gerónimo de Santisteban se entrevistan con Hernando de Sosa, en octubre de este año -1545- la decisión estaba tomada: hay que entregarse a los portugueses y volver a España por la India. Nada hizo cambiar el parecer de Ruy López. Indignación de sus capitanes, requerimientos, ofrecimiento de intentar un tercer navío hacia N^o España sutiles e inteligentes argumentos para hacer recapacitar a Villalobos, tensión creciente, irritación en "la gente del campo", cuasi-motín ... todo en balde. La voluntad del general es resuelta y decidida. Nada ni nadie le hará cambiar. Contra la voluntad de todos, la suerte está echada. Todo está consumado. La orden es terminante: hay que volver a España por la India. Quien quiera quedarse, que se quede, allá él. "... Y algunos se quedaron de su voluntad en Terrenate".

Tras el regreso de Sosa, de Gilolo, con su derrota a cuestas, todo está preparado. El 18 de febrero se hacen a la vela en los navíos portugueses. Se dirigen hacia el S. y arriban a Ambón el miércoles de ceniza, y allí permanecen hasta el 17 de mayo, que los vientos les fueron favorables. En este lugar las enfermedades acosan a los viajeros. Aquí muere Ruy López de Villalobos, el viernes de ramos de 1546. Escalante, pese a tornar en contra de su expresa y manifiesta voluntad y mantener una actitud muy crítica ante el general, deja el testimonio

de su cumplimiento: "Su muerte nos pesó a todos fue enterrado en el pueblo de Zozanibe". Contrasta esta lacónica y sucinta alusión a su fallecimiento con la de Santisteban, más cálida, humana y piadosa.

El resto de la expedición sigue su ruta pasan por Java, Sumatra y Malaca. Al fin, en enero de 1547 alcanzan la India.

De 117 supervivientes nos habla Santisteban, "en Maluco quedan 30 ó poco más, y presos entre infieles 12". Para Escalante, y nos incluye la relación nominal, son 145 los que arriban a Lisboa, de los aproximadamente 400 que partieron del Puerto- de Juan Gallego. Acerca de los otros tantos negros e indios, nada se indica. No cuentan.

Del balance de la expedición, qué cabe decir. Fue un rotundo fracaso en cuanto a su objetivo primigenio: hallar ricas tierras para hacer asentamiento y encontrar la ruta de retorno. Como efectos secundarios, sirvió para tomar posesión por tercera vez —Magallanes y Saavedra les precedieron— del archipiélago de S. Lázaro desde Villalobos Filipinas dar nombre a la isla de Nueva Guinea, como consecuencia del intento de retorno de Ortiz de Retes y, por último, y sin duda lo más interesante desde el punto de vista de la navegación, es que quedaba palmariamente demostrado que para volver a Nueva España había que cambiar sensiblemente de latitud, siguiendo el mismo paralelo en dirección E., el acceso al Virreinato se hacía imposible. Esta práctica debió de ser conocida por Urdaneta al repasar los datos que le dejaron Bernardo de la Torre y Ortiz de Retes. Del fracaso de esta experiencia nacerá la gloria de Urdaneta. El camino de retorno se hace posible.

En Cochín es donde escribe Santisteban su relación, que envía el día 18 de enero, apenas desembarcado, apresurándose para entregarla al capitán de un navío portugués de los que regresaban a Lisboa, a fin de que viniera a manos del embajador de S.M. en aquella ciudad, quien a su vez, la haría llegar al Virrey. Tiene el agustino todo el interés en que la primera noticia que se tenga de la frustrada expedición, sea por instancias suyas, en las que se hace un trato indulgente de la conducta y actuación de Villalobos, sabedor, por otra parte, de que el informe de la Relación Oficial de García de Escalante, habría de ser mucho más severo. Cuando éste entrega la suya en Lisboa, personalmente, es el 1 de agosto de 1548, hace ya año y medio que la de Santisteban obra en poder de las autoridades españolas.

Sin duda, Santisteban se veía obligado moralmente a defender la memoria de Villalobos, no sólo por la amistad —que no sabemos si mantenían desde antes de embarcar en Na España, pero que, en todo caso, sí fraguaron e intensificaron a lo largo de los tres años y medio en que convivieron durante el viaje— sino, sobre todo, porque fue el hombre que entre bastidores, muy discretamente,

influye y opera de modo determinante en la decisión del general para volver por la India.

Su habilidad para relacionarse con los portugueses, como interlocutor ante Hernando de Sosa, y la absoluta confianza que Villalobos tiene en el Prior lo mantienen, de facto, como embajador extraordinario ante el capitán lusitano. Los dieciséis meses que trascurren —octubre del 44 a febrero del 46— en que Santisteban habitó en la Especería, vivió, probablemente, más tiempo en Terrenate, sede portuguesa, que en Tidore, donde se hallaba el grueso de la armada española.

En la encrucijada en que se halla Villalobos, a la vista de los exiguos logros de la expedición y el incumplimiento flagrante de las instrucciones del Virrey por mantenerse en Maluco, Santisteban siempre estuvo por entregarse a los portugueses y tornar por la India. Por ello, se sentía corresponsable de la decisión y acude en defensa de su amigo el general, con premura.

EL VALOR DE UN FRACASO

Si hacer un juicio crítico acerca de cualquier figura histórica es siempre un ejercicio arriesgado, con los no excesivamente abundantes datos de que disponemos y máxime, ante un infortunado descubridor, el juicio histórico positivo no se hace, precisamente, fácil.

Sin embargo, en este epílogo, quisiéramos sumergirnos en la difícil encrucijada de nuestro personaje y contribuir a formar un criterio valorativo de sus intenciones y de lo que en realidad vino a ser su empresa.

El primer dato a tener en cuenta es que, cuando salen del puerto de Navidad el 1 de noviembre de 1542, no saben muy bien adonde van. Cuatrocientos tripulantes entre marineros y soldados, otros tantos entre indios y negros, totalizan el elemento humano de la expedición, en cinco barcos. Las vagas referencias previas les habían sido suministradas por supervivientes de exploraciones que les precedieron, algunos de los cuales viajan con Villalobos⁷. Con este bagaje y con la prohibición expresa de arribar a Maluco, se hacen a la mar, en la pretensión de hallar otras islas con especias, encontrar territorios ricos en metales preciosos o masa suficiente de población para evangelizar.

Es la primera expedición en la que se sabe que no se hallará ningún continente. Es estrictamente insular. Y lo que encuentran son tierras pobres, islas poco pobladas, gentes organizadas en tribus neolíticas y ni una sola especia. Es decir, las pretensiones iniciales no se ven, ni de lejos, correspondidas ante tan hostil realidad. Ello genera la consiguiente frustración. A eso ha de sumarse la adversidad del medio, no sólo en cuanto a clima, vegetación, animosidad de los nati-

vos ..., sino porque el medio es la mar misma: tormentas, vientos, mareas, corrientes, litorales abruptos ... Este es el ámbito de su peripecia.

Si hubiera que destacar una expresión en las tres relaciones, como una constante, ésta es la "carencia de alimentos", "la falta de bastimentos", la "búsqueda de comida". El objetivo primigenio no es ya encontrar grandes imperios, no es hallar minas de oro y plata ni siquiera obtener especias la gran obsesión es cómo alimentarse ochocientas personas cada mañana, durante más de un trienio, en el mar y a la intemperie.

El matalotaje es exiguo, como sabemos por las instrucciones a los capitanes para el racionamiento, pero suficiente para la travesía. Lo que no pudieron imaginar es que lo que producían aquellas tierras era tan ruín que no bastaría para satisfacer, sencillamente, el hambre. Y esto, al final, sería el único y gran motivo para sus desplazamientos. "Nuestra voluntad se movía por la necesidad", es la expresión más cabal y elocuente. Perdida toda esperanza -tras el primer año de conquista o enriquecimiento, la gran fijación de nuestros navegantes es simple y llanamente, la lucha por la supervivencia. El hambre será el denominador común y ante tanta necesidad cualquier animal por repugnante y venenoso que fuese, y aunque en ello les fuese la vida, era bueno para mitigar tanta indigencia nutritiva. Hambre y sed sed y hambre, domina a los expedicionarios. Lo que Villalobos y los suyos experimentan existencialmente es una violentísima distorsión anacrónica. De un tiempo vivido como hombres del XVI -brújula, astrolabio, armas de fuego- retornan a depredadores. Son nómadas que deambulan en un desierto de agua. Sufren psicológica y vivencialmente la paleolitización de su propia existencia.

De otra parte, los barcos, diseñados y fabricados para un recorrido, aunque largo, no aguantan vagar durante tres años y medio, de isla en isla, sometidos a las imprevisibles inclemencias meteorológicas. Ni uno solo quedó apto para el retorno.

Desde que arriban a Sarrangán, en la primavera de 1543, todo es buscar un asentamiento idóneo para la armada. Todo se dirige a encontrar un lugar, un territorio con la suficiente amplitud y riqueza para que les diera cobijo y seguridad. No lo hallan. Y puesto que de allí poco obtienen y las necesidades son muchas, acuden a Nueva España en busca de refuerzos. Es la expedición de Bernardo de la Torre, agosto de este mismo año. Nada consigue. Las corrientes lo arrastran. Tras cinco meses de innumerables penalidades vuelven al área de partida. La desolación impregna los espíritus. No sólo no alcanzan un lugar acogedor, no sólo no reciben refuerzos sino que ni siquiera pueden comunicarse con el Virrey. La sensación de soledad y abatimiento, en lucha por la pura supervivencia, está más patente que nunca.

¿Qué hacer, pues? Hasta ese momento había esperanza a partir de ahora no queda otro remedio, ante la extrema necesidad, que marchar a Maluco, la tierra vedada, aun a sabiendas que está frontalmente violentando la orden de S.M. pero aunque conculcan la legalidad, la licitud moral les asiste. El dilema es: Maluco o Perecer. No queda otra alternativa para sobrevivir.

Y efectivamente, allí hallan asiento y comida, aunque no seguridad. Son los nativos de Gilolo y Tidore quienes los reciben con los brazos abiertos. Para éstos los españoles son garantía de estabilidad, equilibrio de fuerzas, y al fin, seguridad frente a la rapacidad de los portugueses, titulares del archipiélago. Pero todo lo que son parabienes de los indígenas, por prioridad defensiva, son requerimientos para el desalojo de las islas y hostigamiento, por parte portuguesa.

Y no sólo animosidad allí, en el teatro de operaciones sino lo que Villalobos más teme es la justicia de S.M., por la grave responsabilidad que contrae al violentar expresamente sus mandatos. El entendimiento entre Carlos y su cuñado Juan III es perfecto. Las Molucas desde el Tratado de Zaragoza son, *de facto*, portuguesas y el Emperador, embebido en los problemas de Europa, no quiere entrar en litigio con su pariente y vecino peninsular. Para el Rey de España el tema está cerrado, renunciando a cualquier tentación revisionista del Tratado. Y esto hace fuertes a los portugueses en las Molucas, y débiles a los españoles en esta empresa. Temen más al Emperador en España que a los portugueses en Maluco.

La etapa de mayor dificultad de Villalobos en todo el trascurso de la expedición fue el tiempo que permaneció en Maluco. Es paradójico que, pese a ser el único período en el que la tripulación estuvo abastecida, fue bien acogida y tenía garantías de permanencia, sea el tiempo de las mayores tribulaciones del general. Y esto es así, porque, por primera vez, sus capitanes y hombres de confianza -excepto Santisteban- se le enfrentan. Se abre una enorme e irreductible sima entre Villalobos y sus capitanes, lo que daría al traste con la confianza recíproca mantenida hasta entonces.

A Villalobos nadie le echa en cara los peligros, hambres, fatigas, enfermedades, muerte ... que la expedición arrostra. A Villalobos nadie le vitupera por no haber hallado tierras confortables, minas de oro o especias en abundancia. Las inectivas que a él se le dirigen son, precisamente, por traicionar a quienes los socorren -proclamados vasallos de S.M.- y abandonarlos a su suerte y a su muerte por resignarse a darlo todo por perdido, sin ser capaz de pelear hasta la inmólación por hallar una salida honrosa, ante una situación absolutamente imprevista e imprevisible y sobre todo, porque el pacto con los lusitanos ha sido hecho con engaño de la tripulación para, a renglón seguido, acabar echán-

dose en sus brazos y tornar a la Península, en lugar de intentarlo por tercera vez a Nueva España.

Debieron ser dramáticos aquellos momentos. El peso de la responsabilidad es todo suyo. Sabe, de una parte, que de los imaginarios objetivos propuestos cuando sale de Nueva España, no se ha cubierto ni uno. Es consciente de lo maltrecha y menguada que está la armada, tanto en barcos como en hombres. Vive el desamparo de Nueva España, no sólo porque no llegan refuerzos, sino porque ni siquiera puede solicitarlos. Las pretensiones de Bernardo de la Torre y Ortiz de Retes han resultado fallidas. La tribulación aumenta, porque con el fracaso del tornaviaje para los dos navegantes, fracasa el hallazgo para toda la Armada. No hay esperanza para el retorno. Están más aislados que nunca. Nadie sabe en Nueva España qué ha sido de ellos. Y sin embargo, en la Península saben o pueden saber, por denuncia de los portugueses, que los españoles han trasgredido las órdenes de S.M., sin poder notificar, en cambio, nada de lo sucedido en su descargo.

De otra parte, lo que resta de la tripulación, por primera vez en tres años, está feliz. Garantiza su sustento y cuenta con la amistad de los nativos. Abandonar en estas condiciones no está en la mente de nadie antes bien, están dispuestos a permanecer para defender a los aborígenes para afirmar la presencia hispana frente a los lusitanos —porque están firmemente persuadidos de que el archipiélago, geográficamente no pertenece a Portugal— para esperar refuerzos de Nueva España a iniciativa del Virrey o para ir a solicitarlos de nuevo. Tienen la esperanza y la voluntad de hallar la ruta del tornaviaje.

Entre tanto, Villalobos sufre la soledad del mando. La situación no da lugar a aventuras ni lucubraciones. Se siente fracasado y no quiere añadir a esto la deslealtad e infidelidad al Virrey y al Emperador.

Frustrados los objetivos, maltrecha la escuadra, cegada la esperanza de retorno, incomunicado con Nueva España, acosado y acusado por los portugueses sólo le queda salvar el honor ante su Rey y el alma ante su Dios. Había navegado miles de leguas en pos de la aventura, la riqueza y la fama. Había recorrido decenas de miles de años en sufrida experiencia hacia formas de vida neolíticas y aún paleolíticas pero no podía, por formación, convicción y tradición familiar, atravesar la frontera psicológica entre la lealtad a su Rey y la Cristiandad, de una parte y de otra, la acomodaticia adaptación a una nueva realidad que pasaba de modo inexorable por una alianza con los "moros", precisamente, contra los que su padre había luchado en la guerra de Granada y su Rey seguía luchando en los campos de Europa en el afán de la *universitas christiana*. En la disyuntiva entre sus intereses y sus creencias, Villalobos opta decididamente por su Fe. A la fidelidad al Rey y a la Cristiandad subordina todas sus decisiones.

Su ánimo en la acometida de la empresa, lo sitúa en la plenitud renacentista. Sus dos lealtades, a ultranza, lo colocan en el medievo y por ello, en las antípodas no sólo geográficas, sino ideológicas de Maquiavelo. He aquí su angustioso dualismo antagónico. Con Villalobos estamos en presencia del único explorador, descubridor y conquistador español, de la amplia nómina existente, en que la posibilidad de su supervivencia y triunfo exige imperativamente la alianza con el islam, frente a cristianos y eso ... ¡jamás!. Esta es la singularidad de la peripecia del malagueño. Ruy López, en coherencia, asume el fracaso de su propio destino desde la lealtad.

El descubrimiento, en 1565, de la vía de regreso le daría la razón. El infortunio de Villalobos, al fin permite proclamar la gloria de Urdaneta.

NOTAS

1. Milán, 1983. Cesalpino-Goliárdica.
2. Gerónimo de Santisteban, G^a de Escalante y anónima, esta última solo del primer año.
3. A.G.I. Patronato 21, ramo 3, n° 2.
4. Consuelo Varela. *Op. cit.*, pág. 14.
5. *Ibidem*, pág. 15.
6. Probablemente es el día en que Bernardo de la Torre concluye su experiencia fallida.
7. Ginés de Mafra y el lombardo Ans fueron con Magallanes Antonio el Corço en la de Saavedra Martín de Islares en la de Loaysa.